

Silvia
ALIAGA

Tatiana
MARCO

Luces en
el cielo

The title 'Luces en el cielo' is written in a cursive font. 'Luces' is in black, 'en' is in a smaller black font, and 'el cielo' is in a light grey font. The text is surrounded by several black stars of varying sizes. A long, thin black line representing a comet tail starts from the left and points towards the word 'Luces'. A trail of grey stars of varying sizes curves from the bottom right towards the word 'cielo'.

Ilustraciones de Inma Moya

 NOCTURNA
EDICIONES

© Silvia Aliaga y Tatiana Marco, 2019
International Rights © Tormenta, 2019
rights@tormentalibros.com · tormentalibros.com
© de las ilustraciones: Inma Moya, 2019

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: noviembre de 2019

Preimpresión: Elena Sanz Matilla
Impreso en España / *Printed in Spain*
Gómez Aparicio Grupo Gráfico

Código IBIC: YFB
ISBN: 978-84-17834-19-7
Depósito Legal: M-32685-2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para Nazaret, nuestra primera
compañera de viaje*



Protagonistas



Alex



Andrew



Minwoo



Hyunsoo



Jaehwa



Yuna



Riley

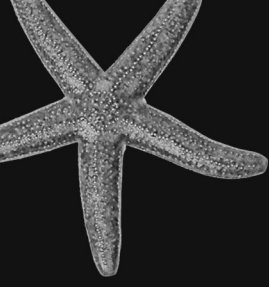
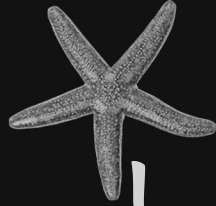


Simon



*Hymns
y
Jaehwa*

-Primera parte-



저기 멀리서 바다가 들려
꿈을 건너서 수풀 너머로
선명해지는 그 곳으로 가

Take my hands now.
You are the cause of my euphoria.

*Oigo el océano a lo lejos,
a través de un sueño, más allá del bosque.
Voy hacia ese lugar, que se va volviendo más claro.
Ahora coge mis manos.
Eres la causa de mi euforia.*

BTS:
«Euphoria»



Jaehwa

Jaehwa no recordaba en qué fatídico momento se le había ocurrido invitar a Hyunsoo a pasar las vacaciones en casa de sus padres, pero comenzó a arrepentirse casi al instante. Su familia procedía de una pequeña aldea en el corazón de la isla de Jeju y, en su mente, ese lugar era el polo opuesto de la deslumbrante y bulliciosa Seúl.

Cuando le hizo el ofrecimiento, Jaehwa no había valorado lo que aquello implicaba realmente. Hyunsoo no era como el resto de los aprendices de WIMTS, la compañía de entretenimiento en la que ambos entrenaban para tratar de convertirse en ídolos de K-pop; tampoco vivía en los dormitorios comunes ni asistía al mismo instituto que los demás. Residía con su madre en un elegante apartamento en el centro de Seúl y acudía a un colegio privado. Tenía privilegios por encima del resto de los aprendices de la compañía que se desprendían del hecho de que era, sin lugar a dudas, el mejor de todos ellos.

Hyunsoo no tenía demasiados amigos en WIMTS. Los demás convivían durante prácticamente las veinticuatro horas del día, pero apenas coincidían con él durante las horas de entrenamiento. En definitiva, era poco más que un completo desconocido. Aunque

Jaehwa sospechaba que también se debía al hecho de que la mayoría envidiaba su clara superioridad vocal y su aspecto físico. Nada de eso parecía importarle a Hyunsoo. La mayor parte del tiempo se limitaba a atender en clase y marcharse de allí tan pronto como el instructor se lo permitía. Jaehwa tenía serias dudas de que, a pesar de que compartían varias clases, aquel muchacho de belleza etérea y aspecto delicado supiese siquiera de su existencia. Parecía ser el ojito derecho de todos los profesores, el típico chico modelo. Sin embargo, una tarde, mientras el profesor de canto avanzado escribía una aburrida perorata en la pizarra frente a ellos, Jaehwa vio a Hyunsoo poner los ojos en blanco, exasperado. Cuando sus miradas se encontraron, Jaehwa se sobresaltó un poco, como si le hubieran pillado contemplando algo que no le estaba permitido. Hyunsoo, en cambio, le observó durante unos segundos, evaluándole, y finalmente le sonrió.

Desde entonces, para sorpresa del resto de aprendices de WIMTS, Hyunsoo y Jaehwa se volvieron inseparables. Jaehwa empezó a pasar los fines de semana en casa de Hyunsoo, lejos de los atestados dormitorios de WIMTS. Comenzó a sentir que tenía algo, o más bien alguien, donde refugiarse. Gracias a su nuevo amigo, Seúl dejó de ser una ciudad enorme y extraña para él y, un buen día, la sensación de nostalgia y aislamiento que le había invadido al mudarse allí desapareció por completo.

Por eso quiso devolverle el favor, compensar de alguna manera que le hubiese abierto las puertas de aquel elegante *loft* en Yeouido. Así que, cuando WIMTS les anunció que iban a disponer de cinco semanas de vacaciones a finales de verano, nada más y nada menos, Jaehwa le propuso a su amigo que le acompañase a visitar a sus padres en Jeju.

No es que se avergonzase de provenir de una familia de pescadores, pero la idea de que Hyunsoo, criado entre lujos por una madre joven y hermosa, conociese a sus padres y a sus dos hermanas mayores le inquietaba. No había nada elegante o lujoso en casa de los Park: se trataba de un sencillo y compacto edificio de dos plantas a las afueras de Sinhwa, una aldea al sureste de la isla. La casa estaba repleta de trastos viejos, con gallinas en el corral y dos perros perezosos que entraban y salían con total libertad. Jaehwa extrañaba el olor a pescado de los guisos de su madre, los gritos de sus hermanas discutiendo y el tacto suave y desgastado del sillón favorito de su padre, pero le aterraba la idea de llegar a ver todas esas cosas a través de los ojos de Hyunsoo y que su percepción de ellas cambiase para siempre.

Fue el novio de su hermana mediana quien acudió a buscarles. Lanzó una mirada curiosa a Hyunsoo, que observaba el pequeño aeropuerto de Jeju con sorprendente interés, y saludó a Jaehwa con una palmada en el hombro y un «¿qué te has hecho en el pelo, chaval?» mientras lanzaba el equipaje de ambos a la parte trasera de su furgoneta.

Jaehwa subió al vehículo, intentando disimular su aprensión.



Hyunsoo

Dos años atrás, el colegio de Hyunsoo organizó una excursión a la isla de Jeju. A pesar de que jamás había abandonado Seúl y se moría de ganas de ir, ni siquiera se había planteado la opción de pedirle permiso a su madre. Por aquel entonces, ya estaba entrenando en WIMTS todas las tardes y sabía que, para ella, la idea de que perdiese una semana entera de entrenamientos por un simple viaje escolar era impensable.

Sus compañeros se pasaron el resto del curso recordando anécdotas del viaje y Hyunsoo, una vez más, se sintió excluido; el muro de cristal que lo separaba de ellos se hizo todavía más sólido. Mencionaron el *camping* de *bungalows* donde se alojaron, las playas interminables, los acantilados, el volcán que se alzaba en medio de la isla y la excursión que habían hecho para subir a su cima. También hablaron de la ciudad de Jeju, de los turistas y de los colegios cercanos. Pero nadie mencionó la pequeña aldea al sureste de la isla en la que, al parecer, vivía la familia de Jaehwa.

Mientras se aproximaban al lugar en la furgoneta algo destartada de aquel chico, Hyunsoo no vio a ningún turista ni tampoco

ningún grupo de colegiales de excursión. Sólo distinguió, separados de la carretera por un cerco de madera, los campos de cultivo de color dorado que se mecían a su alrededor, extendiéndose hasta el horizonte, donde se fundían con el azul fulgurante del cielo y el mar. Bajó la ventanilla y sacó la cabeza, dejando que el viento le revolviere el pelo. Jeju tenía un olor completamente distinto a Seúl: olía a sal, a tierra cultivada y a hierba recién cortada. Olía a libertad.

A su lado, Jaehwa le lanzó una mirada insegura. Llevaba mirándole así desde que el avión había despegado del aeropuerto de Incheon.

—Ya sé que esta zona de la isla no es la que aparece fotografiada en las agencias de viajes —comentó su amigo.

Hyunsoo le sonrió, sintiendo en la cara los rayos de sol y la brisa cálida que entraba en la furgoneta.

—Claro que no. Esto es todavía mejor.

Jaehwa le miró sorprendido durante unos segundos, pero, al fin, le devolvió la sonrisa.

Tan pronto como la camioneta aparcó en la entrada de la casa familiar de los Park y Hyunsoo intentó poner un pie fuera de la misma, dos enormes moles peludas se abalanzaron sobre él y lo arrojaron al suelo.

—¡*Pelucho!* ¡*Señor Mimos!* —gritó una mujer—. ¡Dejad al pobre chico en paz!

A su lado, Jaehwa contemplaba horrorizado la escena. Uno de los dos perros de la familia lamía la cara de Hyunsoo, mientras que el otro le olisqueaba el cuello, haciéndole cosquillas. La mujer que ha-

bía gritado antes, y que Hyunsoo dedujo que era la madre de su amigo, agarró al primero del collar y tiró de él con una energía sorprendente para una mujer tan menuda.

—¡No te quedes ahí como un pasmarote! —le recriminó a su hijo—. ¡Sujeta al *Señor Mimos*!

Tras la orden de su madre, Jaehwa salió de su estupor y agarró al otro perro, alejándolo de él. Una chica algo mayor que ellos se acercó a Hyunsoo y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse.

—No te preocupes, no hacen nada —le informó—. Es que no son conscientes de su tamaño.

Hyunsoo lanzó una mirada confusa a los dos perros mientras la señora Park se los llevaba a la otra punta del corral, lanzándoles reproches sobre cómo no debían comportarse con los recién llegados. Los dos animales parecían la viva imagen de la desolación. Hyunsoo sonrió a pesar de todo.

—¿Cómo habéis dicho que se llaman? —preguntó a Jaehwa.

—*Peluche* y *Señor Mimos* —contestó la joven que le había ayudado, con una mueca de sorna—. Fue mi hermano el que les puso los nombres, por si te lo estabas preguntando.

—Tenía siete años cuando ocurrió —se quejó Jaehwa en tono mortificado y con un ligero rubor recorriéndole las mejillas—. ¡Y eran muchísimo más pequeños cuando llegaron a casa!

Su hermana soltó una carcajada, pero no dijo nada más. Después, se giró hacia el chico que les había llevado hasta allí en la furgoneta y le hizo un gesto con la cabeza para que la acompañara al interior, dulcificando la expresión de su rostro.

Mientras tanto, la señora Park se había acercado de nuevo hasta ellos a paso ligero y con una sonrisa enorme en la cara. Era una mujer

muy bajita, tanto que resultaba sorprendente que pudiese ser la madre de Jaehwa y de aquella chica, ambos notablemente más altos que la media de jóvenes coreanos. Tenía la piel curtida por el sol y llevaba el pelo muy corto, retirado hacia atrás con una pañoleta. Vestía una sencilla bata, un delantal manchado de tierra y hierba, y unas botas de trabajo. Aquella mujer era la persona más opuesta a su propia madre que había conocido jamás.

A Hyunsoo le costaba confiar en los desconocidos. Siempre se había sentido inseguro al conocer a alguien nuevo, demasiado expuesto por culpa de su aspecto. Sin embargo, cuando la señora Park se aproximó a él, le sujetó la cara con sus manos ásperas y le dijo: «Pero, bueno, Hyunsoo, cielo, mi hijo tenía razón: ¡eres el jovencito más guapo que he visto jamás!», se sintió completamente a salvo en un lugar por primera vez en su vida.



Jaehwa

Aprovechando que su madre había acorralado a Hyunsoo en la cocina para ofrecerle los mejores manjares autóctonos que había podido encontrar, Jaehwa se escapó de nuevo al corral para saludar en condiciones a los dos perros. Fue entonces cuando oyó el sonido familiar de la vieja camioneta de su padre, así que, con los dos animales correteando tras sus talones, salió a su encuentro con una sonrisa. Su padre se bajó del vehículo justo cuando Jaehwa se estaba lanzando a sus brazos.

—¡Has crecido un palmo más desde la última vez que viniste! ¿Ha visto tu madre ese pelo?

El señor Park observó a su hijo con cariño mientras este le ayudaba a descargar los aparejos de pesca de la camioneta.

—Supongo que he crecido un poco. ¿Qué os pasa a todos con mi pelo? —refunfuñó mientras cogía la última red—. Así es como se lleva en Seúl.

—Demasiado largo. Casi podrías hacerte una coleta con él, hijo —murmuró el hombre con aire divertido—. ¿También se lleva en Seúl estar tan pálido como un fantasma?

Jaehwa resopló.

—Pues, aunque te sorprenda, lo cierto es que sí. Pero no estoy tan pálido por eso. No he tomado el sol en todo el verano. Me paso los días encerrado entre cuatro paredes —informó mientras ambos se adentraban en la casa—. Entre las clases y los entrenamientos, llevo meses sin parar. Necesitaba de verdad estas vacaciones.

—Cinco semanas enteras de vacaciones. —Su padre le miró con reprobación justo antes de entrar a la cocina, donde Hyunsoo daba buena cuenta a un plato de *jeonbokjuk*, un guiso de arroz con abalones que había preparado su madre—. Todos los chicos del pueblo van a clase estos días, ¿de verdad os vais a pasar más de un mes sin hacer nada?

Antes de que Jaehwa pudiese decir algo al respecto, Hyunsoo ya se había acercado para saludar a su padre y agradecerle su hospitalidad. El hombre observó algo confuso a su mejor amigo, posiblemente sorprendido de la exquisita formalidad con que se dirigía a él y de aquel acento de Seúl que tan poco habitual era en la aldea.

—Mañana madrugaréis para venir conmigo a pescar. No pienso permitir que os paséis todo el día holgazaneando. No es bueno para dos chicos de dieciséis años tener tanto tiempo libre. —Sin embargo, su tono era suave. Jaehwa se dio cuenta de que, a pesar de todo, Hyunsoo le había gustado—. Además, ambos necesitáis un buen bronceado.

—Genial, papá. ¿Podemos holgazanear lo que queda del día o nos vas a poner a remendar redes de pesca?

Su padre esbozó una sonrisa.

—Largo de aquí antes de que cambie de idea.



Hyunsoo

Era la primera vez que Hyunsoo se bañaba en el mar.

Sabía que la mayor parte de la gente de WIMTS pensaba que su madre y él vivían rodeados de lujos y, de algún modo, así era: desde su apartamento, la ropa que ella vestía en cualquier evento social y el colegio privado al que iba hasta el coche con el que su madre pasaba a recogerlo al centro de entrenamiento. Pero, en realidad, distaban mucho de tener el poder adquisitivo que ella se empeñaba en mostrar al mundo. Todos los ingresos de la familia estaban exclusivamente dedicados a mantener un ritmo de vida que les permitiese formar parte de una clase social a la que, en el fondo, no pertenecían. En su casa no se destinaba un solo won a actividades que no reportasen un beneficio en ese sentido. Su madre jamás se había interesado, desde que Hyunsoo tenía memoria, en marcharse con él de vacaciones o llevarle a la playa. Ni siquiera a las playas más cercanas a Seúl.

El chico había imaginado muchas veces cómo sería bañarse en el mar, pero nada le había preparado para la increíble sensación de euforia que le invadió al precipitarse al agua desde el acantilado. Jaehwa le había hablado de las playas de Hamdeok Beach, en la zona más

turística y popular de Jeju, y le había prometido llevarle allí otro día para que pudiese disfrutar del mar en condiciones. No obstante, Hyunsoo dudaba que aquella zona de la isla le fuese a interesar tanto como los alrededores de la aldea donde vivían los Park, rodeada de bosques, pastos de cultivo y acantilados. El padre de Jaehwa les había despertado a las seis de la mañana y les había montado en la furgoneta, todavía somnolientos, para acercarlos hasta uno de esos acantilados, donde se había reunido con otros pescadores para comenzar la jornada laboral.

Aquel lugar era impresionante. Los acantilados de la zona estaban formados por unas rocas volcánicas que, según le había explicado el señor Park, se habían formado al enfriarse rápidamente la lava en contacto con el mar, creando unas curiosas formas geométricas.

Fue allí donde Hyunsoo se lanzó por primera vez al mar. Mejor dicho, donde Jaehwa le empujó por primera vez al agua, tirándose él detrás. Hyunsoo tenía experiencia nadando en la piscina climatizada de su colegio, donde todo estaba controlado y calculado hasta el último detalle: la temperatura del agua, la cantidad de cloro, el número de salvavidas y el tiempo que podía permanecer sentado el socorrista. Aquellas experiencias poco tenían que ver con lo que sintió en aquel momento. El mar resultaba inquietante y salvaje, y se extendía más allá de donde alcanzaba la vista. Sin embargo, mientras era mecido por las olas, lejos de dejarse llevar por el pánico, experimentó una corriente de entusiasmo atravesando su cuerpo. La sensación de libertad que le había invadido tan pronto como había pisado la isla se intensificó hasta casi dejarle sin aliento. Se sentía más vivo que nunca.

Jaehwa estaba mucho más acostumbrado y se reunió con el mar una vez más tras un grito de júbilo, como si acabase de reencontrarse con un viejo amigo. Hyunsoo lo observó con afecto. Aquella noche, mientras intentaban dormir sin demasiado éxito, su amigo le confesó su temor a que aquel lugar le hubiese decepcionado. La idea de que Jaehwa, que provenía de un hogar increíble repleto de cosas interesantes como un gallinero o una vieja motocicleta con sidecar, del cual se podía salir y entrar con total libertad sin tener que dar explicaciones a nadie, temiese que Hyunsoo fuese a juzgarlo le parecía sorprendente. ¿Qué había aportado él a la vida de su amigo? Desde que se conocieron, lo único que había podido ofrecerle había sido el aburrido apartamento que compartía con su madre en la ciudad, a unas manzanas del centro de entrenamiento de WIMTS.

Muchas veces se preguntaba si Jaehwa no preferiría pasar las tardes de domingo dando vueltas por algún centro comercial junto al resto de aprendices, con los que parecía conectar bastante mejor de lo que lo hacía él, en lugar de quedarse a su lado. A Hyunsoo no le estaba permitido pasear por centros comerciales, pero a Jaehwa nunca pareció importarle. Pasaban la mayor parte de los fines de semana encerrados en su habitación estudiando, jugando a videojuegos o viendo videos de *Insomnia*, el artista de K-pop favorito de ambos. Durante las primeras semanas, Hyunsoo esperaba que Jaehwa se inventase alguna excusa para dejar de ir a su casa los días libres, pero nunca lo hizo.

—¡Dejad de hacer gamberradas en el agua! —les gritó el señor Park desde su posición junto al acantilado cuando los dos amigos ya llevaban un buen rato bañándose—. Espantaréis a todos los peces. Venid aquí. Vais a hacer algo productivo.

Jaehwa puso los ojos en blanco y emprendió el rumbo a la orilla. Hyunsoo lo siguió, intrigado. Había visto a la señora Park aquella mañana en su cocina, mezclando verduras en un pequeño barreño impregnado de salsa para preparar *kimchi* casero, y esa simple tarea le había fascinado; el único *kimchi* que había probado era el que vendían en el supermercado. En el fondo, Hyunsoo se moría de ganas por hacer algo productivo.

Tan pronto como se acercaron a él, el señor Park colocó dos enormes cubos repletos de pescado frente a ellos.

—Cambiaos de ropa y coged las bicicletas de la furgoneta. Llevad estos peces al señor Bu. Jaehwa, ¿te acuerdas del camino desde aquí?

—¿Cuánto tiempo crees que llevo viviendo en Seúl? ¡Claro que recuerdo el camino!

—Intenta que Hyunsoo vuelva a casa de una pieza. —El padre de Jaehwa observó al amigo de su hijo con cautela, como si no tuviese claro que fuera a ser capaz de apañárselas con una bicicleta—. Tu madre no nos lo perdonaría. Creo que se ha convertido en su miembro favorito de la familia.

Hyunsoo sintió una sensación cálida y agradable inundando su pecho. Sabía que el hombre no hablaba en serio. Había aterrizado en Jeju hacía menos de un día y, aunque la señora Park había simpatizado con él, era imposible que ya lo considerase un miembro de la familia. Aun así, mientras ayudaba a Jaehwa a coger las bicicletas, y aunque trató de mantener la compostura frente al señor Park, fue incapaz de reprimir una sonrisa.



Jaehwa

Lo cierto es que Jaehwa le había mentado a su padre. No recordaba exactamente el camino que debían seguir desde los acantilados hasta el mercado, pero no estaba dispuesto a admitirlo delante de él ni en un millón de años.

Llevaba tan sólo dos años viviendo por su cuenta en Seúl, pero, en aquel tiempo, su vínculo con la isla se había ido difuminando más y más, hasta el punto de que, durante el pequeño trayecto en bicicleta, tuvo que rectificar la ruta un par de veces. Su madre solía decir que la isla de Jeju reconoce a su gente frente a los cientos de turistas que visitan sus costas cada verano y que los cuida y los guía, creando un vínculo con ella. Pero Jaehwa nunca se había sentido del todo así, ni siquiera cuando era pequeño. Siempre había comprendido que su lugar en el mundo, su verdadero hogar, no era aquella isla. Todavía no tenía muy claro si ese sitio era Seúl, pero de algún modo, desde que pisó la capital y comenzó los entrenamientos en WIMTS, había dejado de sentirse fuera de lugar por primera vez en su vida.

Cada vez que regresaba a Jeju se sentía más extraño, menos Jaehwa. Parecía que una nueva versión de sí mismo, alguien con otra identidad,

estuviera a punto de emerger dentro de él, haciéndole olvidar quién había sido durante aquellos dieciséis años. La idea le aterraba y le aliviaba a partes iguales.

Finalmente, sudorosos a causa del calor y la pesada carga, distinguieron el cartel que señalaba la cercanía del pueblo. Jaehwa suspiró aliviado y continuó pedaleando con energías renovadas. Apenas veinte metros más adelante, un amasijo de bicicletas se amontonaba al lado de la cuneta y, junto a ellas, Jaehwa se encontró con un puñado de rostros familiares.

Un grupo de tres chicos y dos chicas, ataviados con los uniformes del instituto al que habría asistido él si no se hubiese mudado a Seúl, discutían acaloradamente. A la primera que vio fue a Yuna, la hija de sus vecinos. Seguía siendo una chica muy guapa, de melena larga y piel bronceada. En ese momento, se enfrentaba a uno de los chicos con voz airada. Jaehwa frunció el ceño al reconocer al susodicho: se trataba de Junsu, uno de sus viejos amigos del colegio. La última noticia que había tenido de Junsu y Yuna era que salían juntos. Sin embargo, ella le estaba gritando furiosa.

Cuando se estaban aproximando al grupo, la otra chica, a la que Jaehwa no recordaba haber visto antes, se giró hacia ellos. Era muy alta y de complexión robusta, y llevaba la melena corta enmarcando unas gafas bastante llamativas. Les lanzó una mirada curiosa, pero después se giró hacia Yuna y la separó del grupo de chicos, dirigiéndola con delicadeza hacia las bicicletas que descansaban al borde de la carretera.

Durante un segundo, Jaehwa se planteó la posibilidad de acercarse más y averiguar qué estaba pasando, pero en aquel instante Hyunsoo, que durante todo el trayecto había mantenido un precario equilibrio sobre su bicicleta cargada de pescado, se tambaleó un

poco. Jaehwa se olvidó del grupo y se esforzó para que ambos llegasen intactos a su destino.

El señor Bu, al que su padre les había encargado que entregasen el cargamento, regentaba la pescadería del pueblo, situada en medio de la plaza. El mercado de Sinhwa distaba mucho en tamaño del de la ciudad de Jeju, donde su padre vendía la mayor parte de la mercancía, pero, aun así, proveía a un buen número de aldeas de la región.

Cuando se acercaron a él, el señor Bu se hallaba sumido en el trajín propio de las mañanas, atendiendo a los clientes. Algunas de las mujeres del mercado saludaron a Jaehwa, sorprendidas de verle por allí, e insistieron en lo mayor y cambiado que estaba con ese estilo «tan de la capital». El muchacho se llevó la mano al pelo de forma automática, retirándose hacia atrás los mechones demasiado largos que le caían sobre la frente. Cuando el pescadero oyó a sus clientas hablar con Jaehwa, alzó la vista.

—¡Bienvenido, muchacho! —le saludó mientras seleccionaba un par de piezas de sus cajones y se las envolvía a una clienta en papel de periódico—. Y bienvenido sea también ese pescado. Estas mujeres han decidido dejarme sin mercancía antes de que termine la mañana. Siwon, ayúdales a descargarlo en el cajón grande.

Hasta entonces, Jaehwa no se había percatado de que el hijo del señor Bu también estaba allí. Tras las órdenes de su padre, el muchacho se levantó del rincón en que se encontraba acurrucado, dejando el libro que llevaba en la mano sobre el taburete, como si temiese que fuera a mancharse si lo colocaba en cualquier otro lugar, y se dirigió hacia ellos con un gesto nervioso. Saludó a Jaehwa muy deprisa y,

evitando hacer contacto visual, les ayudó a descargar el pescado en silencio.

Cuando vivía en Jeju, Jaehwa no solía relacionarse demasiado con Siwon. Los chicos del pueblo siempre le habían considerado un bicho raro. Lo poco que sabía sobre él era que desde pequeño había desarrollado una extraña afición por la astronomía. En clase, cuando eran unos niños, solía preguntar de forma incesante a sus profesores sobre cualquier asunto relacionado con los planetas y el espacio que se le hubiese ocurrido la noche anterior. Pronto, los otros chicos empezaron a referirse a él como el Chico Cosmos y Siwon dejó de hacer preguntas.

—¿Te interesa el código morse?

Siwon se giró sorprendido hacia Hyunsoo, casi como si no hubiera esperado que el forastero fuera capaz de hablar. Lo cierto es que Jaehwa también se sorprendió: Hyunsoo era normalmente bastante reservado con los desconocidos; en WIMTS apenas lo había visto interactuar con naturalidad con ningún aprendiz, salvo con él mismo.

—Estás leyendo sobre el tema, ¿no? —insistió Hyunsoo con una sonrisa tentativa, señalando el libro que Siwon había dejado sobre el taburete.

Siwon se ruborizó y se colocó bien las gafas de montura metálica algo pasadas de moda que llevaba; durante la descarga del pescado se le habían empezado a deslizar por la nariz.

—Eh, sí. He estado estudiándolo un poco, pero es frustrante. Pensé que me sería de utilidad conocer sus mecanismos, pero hasta ahora no me ha servido de mucho.

Jaehwa se preguntó para qué necesitaría un chico de dieciséis años atrapado en una aldea de Jeju conocer los mecanismos del có-

digo morse, pero Hyunsoo asintió con simpatía, como si estuviese más que acostumbrado a tratar ese tema con los desconocidos. Jaehwa reprimió una sonrisa para evitar que Siwon creyese que se estaba burlando de él. Resultaba enternecedor ver cómo dos chicos tan distintos, pero a la vez tan parecidos en lo que se refería a su inexperiencia social, se esforzaban en conversar.

Cuando por fin abandonaron el mercado, con los cubos ahora vacíos en sus manos, Jaehwa se giró hacia su amigo.

—Quizá podríamos acercarnos a Samseong. Es un pueblo algo más grande que este y está a tan sólo diez kilómetros de aquí. Allí iba al colegio. En la plaza tienen una cafetería que no está mal del todo y en la que ponen K-pop. La primera vez que escuché a Insomnia fue allí. —Esbozó una sonrisa de medio lado—. A no ser que prefieras quedarte aquí debatiendo sobre los entresijos del código morse con ese chico.

Hyunsoo sonrió también.

—Sólo intento ser amable con tus amigos del pueblo, nada más.

Jaehwa suspiró mientras se acercaba adonde habían dejado sus bicicletas.

—Si te soy sincero, dudo que me quede ningún amigo en Jeju a estas alturas.



Hyunsoo

No tardaron demasiado en llegar al pueblo vecino. Tal y como había dicho Jaehwa, en aquella cafetería estaba sonando K-pop. Hyunsoo intercambió una sonrisa con su amigo al acomodarse en una de las pequeñas mesas vacías. Le agradó descubrir que el local no estaba demasiado lleno a esas horas: un grupo de chicos, de la edad de la hermana mediana de Jaehwa, jugaban a los dardos al fondo y una pareja algo más mayor charlaba tranquilamente en una de las mesas mientras daban sorbos a sus tazas de café.

Jaehwa se acercó a la barra y regresó con un refresco en cada mano.

—Así que fue aquí donde escuchaste por primera vez a *Insomnia*. Su amigo sonrió.

—Él acababa de debutar. Yo estaba saliendo del colegio y entré aquí con mi hermana un momento antes de volver a casa porque ella necesitaba ir al baño. Me quedé clavado en el sitio y le pregunté al camarero qué era lo que estaba sonando.

Hyunsoo esbozó una sonrisa de nostalgia antes de dar un trago a su refresco.

—Su disco debut fue una pasada. Todos lo son, en realidad. ¿Qué canción era? ¿«After All This Time»?

—No, esa la escuché después. Obligué a mi otra hermana, la que aún no conoces, a que me acompañase a la ciudad de Jeju aquella tarde para comprar el disco. La que sonaba era «Written in the Stars». —Jaehwa soltó una carcajada—. Me obsesioné tanto...

—Se rumorea que la va a versionar para su nuevo álbum en japonés —dijo Hyunsoo. Él también adoraba esa canción—. Quizá la cante en el Tokyo Dome el mes que viene.

—¿No te parece increíble que le hayan dejado actuar allí? Va a ser el primer artista coreano en hacerlo. Un artista de WIMTS. —Carraspeó un poco, como si le diese miedo expresar sus pensamientos en voz alta—. Si conseguimos debutar algún día, si WIMTS nos elige, quizá nosotros también podamos hacerlo.

Hyunsoo trató de devolverle la sonrisa a su amigo. Ambos adoraban a Insomnia y se conocían al dedillo todas sus canciones, pero en aquel aspecto eran muy diferentes. Sabía que Jaehwa se había presentado a las audiciones para ser aprendiz de WIMTS pocos meses después de descubrir al artista, deseoso de seguir sus pasos. Hyunsoo, sin embargo, había escuchado el disco debut en el propio centro de entrenamiento de WIMTS, cuando su profesor de composición musical le había hecho estudiarlo un par de semanas antes de su salida al mercado para analizar el ritmo y la cadencia de cada uno de los temas. Ahí residía la principal diferencia: Jaehwa había escogido formar parte de WIMTS, del mundo del K-pop, pero Hyunsoo no había tenido otra opción.

Trató de reprimir una familiar punzada de ansiedad en el estómago y se esforzó en regresar a la conversación que estaba manteniendo con su amigo: el Tokyo Dome.

—Sí, quizás algún día podamos actuar allí nosotros también.

El problema, pensó Hyunsoo, es que no estaba seguro de si realmente deseaba hacerlo o le habían obligado a que así fuera.

Un buen rato después, ambos subieron de nuevo a sus bicicletas para regresar a la aldea de Jaehwa. Apenas llevaban unos metros recorridos cuando se toparon con dos chicas de su misma edad sentadas muy juntas en las escaleras de la entrada de una casa y susurrando entre ellas. Jaehwa hizo un gesto a Hyunsoo para que lo siguiese y dejó la bicicleta a un lado para acercarse un poco.

Una de ellas, que rodeaba con su brazo a la otra, levantó la mirada hacia Jaehwa, algo intimidada. La otra chica sonrió al recién llegado con simpatía.

—Mi madre me dijo ayer que habías vuelto. También me habló de tu corte de pelo.

Jaehwa soltó una breve carcajada y se arrodilló frente a las dos chicas. Hyunsoo, dubitativo, se quedó de pie detrás de él, a una distancia prudencial.

—¿Estás bien, Yuna? Hace un rato os vi discutir con Junsu y los demás junto al mercado de Sinhwa.

Yuna tomó aire muy despacio.

—Las cosas han cambiado un poco por aquí en el último año. Supongo que Junsu pronto te pondrá al día de todo. —Lanzó a Hyunsoo una mirada inquisitiva—. Mi madre también me contó que habías traído compañía. Me temo que has dejado de ser el chico más guapo de la isla, Jaehwa.

La otra chica, que hasta ahora no había hablado, reprimió una sonrisa. No parecía sorprendida por el atrevimiento de su amiga.

Aun así, a diferencia de Yuna, cuando su mirada se cruzó con la de Hyunsoo, la retiró rápidamente.

Jaehwa se puso en pie, también sonriente.

—Se llama Song Hyunsoo, por cierto. También es aprendiz de WIMTS.

Hyunsoo se inclinó hacia las chicas a modo de saludo y ellas se levantaron a su vez para hacer lo mismo. La chica que todavía no había hablado los observó con renovado interés.

—Espera, ¿sois aprendices de WIMTS? —Se giró hacia Yuna—. ¿No es esa la compañía de Insomnia?

Jaehwa asintió y la chica, con los ojos brillantes de emoción tras sus estrafalarias gafas, comenzó a bombardearle con preguntas sobre el artista, al que parecía admirar tanto como ellos.

Mientras los tres hablaban, Hyunsoo se dio cuenta de que ella tenía un acento extraño, diferente al dialecto de Jeju que Jaehwa se esforzaba por disimular desde hacía meses, pero que resultaba increíblemente encantador en el resto de habitantes de la aldea, incluida Yuna. Tampoco le recordó a ningún otro acento que los demás aprendices de WIMTS pudieran conservar de sus distintos pueblos natales, repartidos a lo largo de Corea del Sur. Había algo en la forma de hablar coreano de esa chica que a Hyunsoo le recordó a Alex, un aprendiz un año mayor que él.

—¿Eres de Estados Unidos? —aventuró Hyunsoo, sintiéndose de repente un poco tonto por la pregunta. Era obvio que querían hablar con Jaehwa, no con él.

Sin embargo, a la joven no pareció importarle la interrupción y negó con la cabeza con una sonrisa avergonzada.

—En realidad, soy australiana —contestó—. Debería haberme presentado hace un rato. Me..., me llamo Riley.

—¿Estás en Jeju de vacaciones? —preguntó Jaehwa.

Riley volvió a negar con la cabeza e intercambió una mirada con Yuna.

—Qué va. Me temo que yo soy una de esas cosas que han cambiado por aquí en el último año.

Resultó que Yuna y Jaehwa eran vecinos. La casa de la familia de Yuna era la misma que podía vislumbrarse a tan sólo unos metros de distancia desde la ventana de la habitación de Jaehwa.

Por un momento, Hyunsoo se preguntó si entre Jaehwa y Yuna habría ocurrido algo en el pasado. Aunque se comportaba frente a ella de un modo natural, Yuna era el tipo de chica por la que su amigo solía mostrar interés. Era bastante guapa, y se hubiese asemejado muchísimo a las chicas que entrenaban en el departamento femenino de WIMTS si no fuese porque vestía con un sencillo chándal y unas zapatillas manchadas de tierra, y porque en su mirada había un atisbo de rabia que Hyunsoo no estaba acostumbrado a ver en la gente de su edad. Aun así, Hyunsoo decidió que Yuna le caía bien, del mismo modo que le había gustado aquel chico de las gafas metálicas de la pescadería.

Así pues, acabaron pedaleando los cuatro en dirección a casa, Jaehwa y él con los cubos vacíos.

Durante el trayecto, Riley les contó que llevaba casi medio año viviendo en Samseong con sus abuelos. Sus padres, ambos de origen coreano, residían en Melbourne y esa era la primera vez que Riley visitaba Corea. Ahora iba al mismo instituto que Yuna y los demás chicos de la aldea.

—¿Y llevas bien el cambio? —le preguntó Jaehwa— De Melbourne a Samseong hay una gran diferencia.

—Necesitaba salir de allí —contestó Riley sin dar más explicaciones—. Aunque, por muy distintos que parezcan los dos lugares, hay cosas que no cambian, no importa adónde vayas.

Yuna y ella intercambiaron una mirada triste, pero no dijeron nada más. Los cuatro recorrieron el resto del camino en silencio.

SIGUE LEYENDO

Silvia
ALIAGA

Luces en
el Cielo

Tatiana
MARCO



ISBN: 978-84-17834-19-7 | PVP: 15,50 € | A la venta: 18-11-2019

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com